



El erotismo en el Mahabharata. El papel de la atracción sexual en el fenecer del ciclo cósmico.

Eroticism in the Mahabharata. The role of sexual attraction in the end of the cosmic cycle.

DOI: 10.32870/sincronia.axxvi.n81.2a22

Fabian Acosta Rico

Universidad del Valle de Atemajac (UNIVA). (MÉXICO)

CE: generalmirammon@yahoo.com.mx / ID ORCID: 0000-0002-3935-4709

Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)

Recibido: 09/09/2021

Revisado: 07/10/2021

Aprobado: 04/11/2021

RESUMEN

El presente artículo reseña e interpreta los pasajes eróticos de la obra el Mahabharata. Como en todo texto sagrado no hay nada gratuito en las explicaciones y acontecimientos de éste extenso poema épico considerado también como el quinto Veda. Cada personaje y situación tienen su significado simbólico sagrado; en este tenor, pretendo destacar el valor cosmológico y metafísico del sexo que en la historia narrada sale a relucir en momento coyunturales, en los que el eros ya sea femenino o masculino, como es el caso, frustran el correcto devenir del Dharma o la Ley Cósmica. El Mahabharata narra los hechos previos al final del ciclo cósmico; son tiempos de oscuridad y caos; en los que la acción trasgresora del eros o *kama* actúa en contra de la influencia armónica del Logos o Buddhi. Para que la humanidad disfrute y tenga paz y prosperidad necesita que un rey o maharaya, destinado por el cielo, que venga a gobernar; una autoridad ilegítima que no tenga el favor de los dioses o que no haya sido designada por el Dharma traerá miseria y guerra. El eros, en todo el Mahabharata, actúa frustrando el ascenso de un legítimo rey al trono de Hastinapura. Este es el punto que pretendo recalcar en el texto; de como el eros y con ellas las pasiones humanas en un nivel macrocósmico pueden llevar al mundo y a la humanidad a una era de oscuridad haciéndose necesario la intervención redentora de un avatar o encarnación de Vishnu.



Palabras clave: Eros. Logos. Dharma. Karma. Rishi. Maharaya. Deva y asura.

ABSTRACT

This article reviews and interprets the erotic passages of the work the Mahabharata. As in any sacred text there is nothing gratuitous in the explanations and events of this long epic poem also considered as the fifth Veda. Each character and situation has its sacred symbolic meaning; In this vein, I intend to highlight the cosmological and metaphysical value of sex that in the narrated story comes to light at conjunctural moments, in which eros, whether female or male, as is the case, frustrate the correct becoming of the Dharma or the Law Cosmic. The Mahabharata narrates the events prior to the end of the cosmic cycle; these are times of darkness and chaos; in which the transgressive action of eros or kama works against the harmonic influence of the Logos or Buddhi. For humanity to enjoy and have peace and prosperity it needs a king or maharaya, destined by heaven, to come to rule; an illegitimate authority that does not have the favor of the gods or that has not been designated by the Dharma will bring misery and war. Eros, throughout the Mahabharata, acts to thwart the rise of a rightful king to the throne of Hastinapura. This is the point that I intend to emphasize in the text; of how eros and with them human passions on a macrocosmic level can lead the world and humanity to an age of darkness making necessary the redemptive intervention of an avatar or incarnation of Vishnu.

Keywords: Eros. Logos. Dharma. Karma. Rishi. Maharaya. Deva and asura.

Del sexo devino la muerte. El *uno primordial*, la *monada primitiva*, el huevo dejado por la serpiente; de éste, ser pre-formal, emergió la dualidad; dio comienzo la cosmogonía. Ley del universo; dialéctica de los cuerpos finitos; regla repetitiva y simple fue la hierogamia de los arquetipos: macho y hembra; la primera pareja que asomó del abismo, presa del deseo, concibe y después ambos fenecen; así es el ciclo de la vida marcado por el ensayo y el error. La experiencia y las virtudes de los padres deberán ser heredadas por los hijos para que oscile la espiral del *karma*. Es así que el alma tribal transmigra, de generación en generación, siguiendo el compás del amor y el aniquilamiento. Georges Bataille lo afirma:



A largo o a corto plazo, la reproducción exige la muerte de quienes engendran; y quienes engendran no lo hacen nunca sino para extender la aniquilación (del mismo modo que la muerte de una generación exige una nueva generación). La analogía, en el espíritu humano, entre la podredumbre y los aspectos variados de la actividad sexual, completa la mezcla entre las náuseas que nos oponen a ambas cosas (Bataille, 2014, p. 45)

Puesto lo anterior en clave bíblica, Adán deseó asemejarse al artífice de la creación no sabiendo que el anclaje de su ser mundano le impedían seguir los pasos del Eterno; de hacerlo obligado estaba a pagar tal aspiración con un alto costo. Desde su paradisiaca soledad, atestiguaba el descenso de Dio al Edén a sembrar vida; es *Purusha* (el Espíritu) encontrándose con *Prakriti* (la Naturaleza); la proximidad entre ambos concreta la *hierogamia* que envidia el *primer hombre*; por eso le pide al Dador de vida una compañera a la que tendrá prohibido poseer bajo el fuego pasional y destructor; fuego *kármico* que pone en marcha los ciclos del nacimiento y la muerte. *Eros* queda maldecido. Con la pérdida de la inocencia, resultado de la desobediencia, la desnudes de los cuerpos se torna impúdica. El deseo adánico de crear es una maldición cifrada en la naturaleza del primer hombre. ¿Qué acaso no está hecho a imagen y semejanza de Dios y no es acaso Dios el ser creador por excelencia?

Un *Eros* gobernado por *Deus*, al emanar del Ser (*Sat*), mantiene su participación con Él, tiene sustento y orden. Este *Eros* sacralizado engendra el *Verbo*, el *Logos* que otorga esencia, o nombre, a las creaturas. El extravío viene cuando *Eros* se subjetiva o rompe con el único creador. Su función reintegradora, el amor platónico como tal, queda olvidada en un desvarío demiúrgico que hace emerger el caos como una derrota de la humanidad, cayendo de los cielos y partiéndose en la tierra; el gravitar del descendente marchita la unida perfecta y estalla en una dualidad que da muerte al andrógino (Platón, 1871, p. 290).

Este incontinente *Eros* que vacía al varón del fuego vital, fuente de inmortalidad, suscita la discordia y la guerra entre los pueblos. Un pastor ignorante de su linaje regio (Paris) sirve de árbitro en un duelo de divinas vanidades (Hera, Atenas y Afrodita) confrontadas en la disputo de una



manzana. París será víctima de aquél juego entre diosas (Graves, 1985, p. 306). Su amor por Helena y la embrujadora belleza de esta hija de Zeus y Leda serán la causa de la ruina de una ciudad. Afrodita, la diosa que otorgó el amor de Helena a París por escogerla como digna dueña de la manzana. La diosa misma salvará, a manera de enmienda, a unos pocos troyanos encabezados por su hijo Eneas (Virgilio, 2000, p. 10). Lo que el *eros donjuanesco* destruyó, el amor maternal lo reparará parcialmente.

Ese mismo *eros donjuanesco* sembrador del caos aparece también en la *Epopéya del Ramayana* personificado en el rey de los *raksa*, Ravana; quien hurta a la esposa de Rama, Sita; los héroes de la epopeya, en alianza con Hánuman aniquilan a las huestes demoniacas. El Avatar de Vishnu, con sus manos, mata a Ravana y felizmente Sita es rescata. La amante esposa sueña la mirada y las caricias que su amado le dispensará en su recuento. Rama la trata con frialdad sospechando que la virtud de Sita fue comprometida con el rapto. El desprecio y las dudas de su amado, orillan a la amante esposa a desear la muerte; pues la vida para ella ya no tenía sentido. Sobre la pira funeraria arde Sita vestida de blanco; mas luego sale incólume; el juicio de las llamas, el testimonio de su dios, *Agni*, dieron fe de su inocencia (Valmiki, 2012). El eros femenino vinculado al papel de la esposa fiel salva del sinsentido la gesta: de que habrían valido tal despliegue de heroísmo si Sita y Rama, no se reencontraban.

El eros rebajado a cómplice de la ignorancia e impulsos humanos es retratado por la mitología griega como un niño alado armado con un arco que disparan flechas de oro o plomo, unas para el amor, las otras para el olvido. Este eros equiparado a un niño es caprichoso e imprudente (imaginemos a un pre-puberto con una pistola; así es Cupido) y le viene de origen: pues nació del furtivo amor de Afrodita (el deseo carnal) y Ares (la guerra). En el Mahabharata este eros subjetivado por los deseos humanos desata también la subversión del orden, la abolición de la Ley (el *Dharma*), que degenerará en una guerra que marcará el comienzo de una nueva era, la presente.

Todo comienza con el deseo, la pasión, de una *rishi*, de un hombre sabio y santo, bisnieto de Brahama, de nombre Parashará. Este asceta vagabundo pasó la noche en la aldea Kalpi, a orillas del Yamuna, brazo del Ganges. Al despertar, el rey de los pescadores le ofreció al *rishi* ayudarle a cruzar



el sagrado río con el auxilio de su joven y doncella hija, Satyavati. Los caminos por los que transita *Eros* o *Kama* son extraños y misteriosos. Su padre Vasu, rey de Chedi, y bendecido por los *devas* (los dioses) como *maharajá*, recibió la orden de los espíritus de sus antepasados de sacrificar un ciervo en agradecimiento a los días fértiles de su esposa, Girika. Tomó arco y flechas y salió de cacería. La feraz y lujuriosa belleza del bosque, encantado por la primavera, sedujo al rey que no cesaba de pensar en su amada esposa. Descansó bajo un árbol; a un halcón le pidió que le llevara su semilla a la mujer causante de aquel viril ardor. Otro halcón le dio alcance a la solícita ave; ambas forcejearon. El semen del *maharajá* cayó de la garra al río Yamuna, donde lo tomó una *apsará* (ninfa hindú servidora de Indra) de nombre Adrika y convertida en pez por una maldición. Transcurridos diez meses, un pescador la capturó; al abrirle el vientre quedó sorprendido al encontrar en las entrañas del animal un niño y una niña. Los llevó con Vasu, el varón fue adoptado por el *maharajá*; la bebe, por órdenes del rey, se quedó con el pescador. Por la manera en que fue concebida, la piel de la niña tenía impregnado un olor a pez. Aquella hermosa y seductora princesa, obligada por el destino a vivir en una humilde aldea, ayudaba al sostenimiento de su familia adoptiva llevando en un bote a personas de una orilla a otra del río.

En su obra *La Metafísica del Sexo*, el Julios Evola desestima al instinto procreativo como el motor del apetito sexual; en su intento de sacralizar el sexo le atribuye connotaciones extra-reproductivas y trascendentes (1997, p. 23). La pasión que experimenta Vasu es animada no sólo por el deseo y la oportunidad de engendrar un sucesor; hay otros móviles ocultos, divinos, que suscitan la lujuria del rey; de los que no es consciente. El destino de la humanidad vuela en las alas del halcón. El *Dharma* en su sentencia sacraliza la masturbación del rey y la accidental inseminación de la *apsara*. El *karma* que desatará estos acontecimientos rebasará la esfera erótica subjetiva. La niña pescadora, hija de un *maharajá*, hechizará con su particular olor a un *rishi* y a un rey.

Transportaba la joven al anciano *brahman*, Parashará cuando éste le increpó por su olor a pescado. Se echa a entrever, por el cambio de ánimo del asceta, su desconocimiento acerca del embrujo de los olores femeninos; pues al tiempo sintió un ardiente atracción por la joven. Le pidió tener intimidad; a lo que ella se negó pues perder su virginidad y el verse luego abandona la



dejarían deshonrada ante su familia. Pudor y miedo, son las reacciones naturales de la puberta ante la llamada de amor del sabio anciano; ella es extremadamente joven para tener plena conciencia y dominio de las despertantes energías psicofísicas que la transformaron en mujer. (Evola, 1997, p. 94) El *rishi* la disuadió afirmándole que después de su desfloramiento volvería a ser doncella. Satyavati le objeto que un barco resultaba un lugar impuro para cupular; el *rishi* creó una isla y la cubrió con una densa neblina para arropar el pudor de su joven amante. Evola señala que el pudor femenino puro, sin guiones morales ajenos, es una manera de seducción tácita donde la mujer, consciente de la atracción y poder de su desnudes, oculta (con picardías de lencerías y otras lubricas filigranas) para enseñar mejor. (Evola, 1997, p. 125) Pasado el trance amoroso, Satyavati concibió un niño, conocido como Vyasa (autor del Mahabharata), que al momento alcanzó la edad adulta y se fue a vivir como un asceta (como en el caso de Lao Set el nacer anciano o adulto simboliza que se es sabio desde la cuna). Por ser solícita con él, el *rishi* le concedió una don a la jovencita su olor a pescado muto a un seductor aroma a almizcle.

Las *Leyes de Manú* prohíben la cohabitación entre personas de castas distintas. Aquella unión entre un *rishi* y la hija de un pescador algo tuvo de impura, en apariencia; pues en realidad era una princesa de madre semi-divina o *apsara*. Aunque para un asceta que alcanzó la *moshka*, la liberación y la iluminación, las restricciones impuestas por un orden social jerarquizado y sagrado, ya no le aplican en su condición de *ativarna* (fuera de la casta); al trascender la condición humana no requiere supeditarse a las prescripciones del *Dharma sastra* (o *Código de Manú*), no necesita darle orden y sentido a su existencia en su condición de sabio (de dueño de la *Vidya* o verdad), está más allá de las necesidades humanas y de las tentaciones y sufrimientos mundanos. No obstante *Parashará* al igual que otros tantos *rishi* que aparecen a lo largo del relato del *Mahabharata* siente cierta fascinación lúbrica por las mujeres (en particular por las hermosas y jóvenes).

En otras tradiciones hay advertencias sobre lo peligrosas que pueden resultar estos romances entre un hombre anciano y sabio y una mujer joven y seductora: el druida Merlín desfalleció de amor por Viviana; la joven accedió a entregarse al mago a cambio de su instrucción y conocimientos. El druida que conocía el futuro, sabía que aquella pasión labraría su ruina; más su



irrefrenable deseo pudo más que su clarividencia e hizo de Viviana su amate y discípula. Merlín pago el precio. Tras adquirir el suficiente poder, su joven amante efectuó un sortilegio que lo condenó a permanecer oculto y atrapado en una cueva, claustro del olvido por una imprudente pasión. Indolente al desino del druida, Viviana asumirá en la saga arturiana el rol de la Dama del Lago. Rapta e instruye a Lancelot, caballero del Grial y rival de amores de su rey, Arturo. Desde su angustiante disyuntiva, la fidelidad a su rey y el amor a su reina, Lancelot experimento la confusión que trajo la desgracia a Camelot y que terminó costándole la vida a Arturo. La decisión de Merlín hizo girar la rueda del destino en un sentido adverso a la prosperidad y felicidad de un reino (Lendo, 2000, pp. 142-146). Todo por una mujer. Satyavati, igual de Viviana, actuará también como el detonante de la tragedia.

Ella no es instruida por su fugaz enamorado; pero adquiere un don equivalente a un embrujo, un aroma que someterá el corazón de su segundo amante, uno igual de importe que el primero y también de una casta superior: el *maharajá* Shámтанu.

Dentro de la narrativa del *Mahabharata*, Satyavati es la personificación del *eros femenino* activo-pasivo; hija de *apsara* o *ninfa*, su seductora inocencia magnetizan a un *rishi*, susceptible a estas tentaciones por la era crepuscular que se vivía, marcada ésta por la trasgresión del *Dharma* (al orden y ley del Cosmos). El sabio encarna a su vez el fenotipo de una masculinidad más elevada, y por tanto cercana al arquetipo de la virilidad; de allí que el escarceo amoroso con la joven pescadora no lo desquició como a Merlín; lo supera y deja que el karma desatado por su intención siga su curso, sin intervenir ya. En cambio los rasgos psicofísicos Shámтанu son los representativos de una masculinidad pasiva-activa incapaz de liberarse del embrujo, del sortilegio del *eros femenino*. Esta correlación y complementariedad de los sexos, Evola la explica de la siguiente manera:

Si, metafísicamente, lo masculino corresponde al principio activo y lo femenino al principio pasivo, hay inversión de estas relaciones en todo el ámbito de la sexualidad corriente, o sea en el ámbito que podemos llamar natural, en el que el hombre raramente va al encuentro de la mujer como portador efectivo del puro principio del ser, emanación del



poder del Uno, sino que aparece generalmente como el que sufre la magia de la mujer... la mujer es activamente pasiva, y el hombre pasivamente activo. La cualidad activamente pasiva de la mujer es la fuente de su fascinación, y es actividad en sentido superior. (Evola, 1997, p. 201)

Pero nuevamente, no es el personaje de la epopeya el que sujeta (subjetiva) a Eros (el tejedor del destino), sino éste el que posee tanto al amante como al amado, siguiendo las reglas del magnetismo sexual, descrito por Evola. La incontinencia del *maharajá* será empleada por los dioses para que cumpla, sin saberlo ni quererlo, los designios del Cielo. A orillas de Ganges, el rey de Hastinapura, contempló a una mujer de divina belleza. Incapaz de refrenar la pasión que aquella desconocida le suscitaba, sin más preámbulos ni cortejos donjuanescos le pide que copulen. La que en realidad era la diosa Ganga acepta ser su amante; pero, con la condición de que nunca cuestionara sus acciones; pues si alguna vez osaba cuestionarla la perdería para siempre. Aquella condición era una advertencia de los futuros sufrimientos que al lado de aquella mujer le estaban deparados. (Vyasa, 1997, p. 11)

Derrochador del viril fuego que sostiene la vida; Shámтанu gozo con la Diosa de la ambrosía que sacia el ardor de los amantes. Aquella unión no fue fructífera; pues estaba cifrada en la maldición del *rishi Vashishta* que colérico por el hurto de su vaca, maldijo a sus burlones perpetradores, ocho *vasus*, deidades servidoras de Indra. Los condenó a nacer como humanos; salvo uno, los demás morirían al poco tiempo de nacer. La Diosa accedió a ser su madre en la tierra. Cada hijo que engendró con Shámтанu encarnó a uno de los maldecidos servidores de Indra; al poco rato del alumbramiento los ahogaba en el río. Así transcurrieron siete infanticidios; el rey permaneció silente cumpliendo una promesa que laceraba su corazón de padre. Sus labios permanecieron cerrados por la pasión y el temor. No obstante, como todo *kshatriya* ansiaba un heredero.

El *Eros* femenino maternal (representado arquetípicamente por las diosas madres: Deméter, Isis, Hera, Nerthus...) no le estaba destinado en Ganga; no sería ella la reina que cuidaría de su



descendencia; la podía poseer sólo como amante por un designio que desconocía; y renunció tácitamente a ella cuando, necesitado de la esposa que se negaba a ser, le reclamó por ser tan cruel con sus propios hijos. El rompimiento de su mutismo, le salvó, aparentemente, la vida al último *vasu* por nacer; quien será conocido como Bishma. (Vyasa, 1997, p. 12)

Evola refiere que el agua, igual que la tierra, también es un elemento asociado a la diosa madre (Rea, Isis, Gea, Aruru...) en el vital líquido la diosa Atenas recobra su virginidad; en un arriesgado paralelismo cabe afirmar que Ganga recobra también su donceller tras ahogar a sus hijos; en el acto de inmersión es tocada por igual por el agua que redime del *karma*. Más adelante, señala como Isis desempeña el papel de la tierra negra, lista para transformarse en la arcilla primordial, que moja el esposo, Osiris, cuya hierofanía, el Nilo, fecunda la tierra. (Evola, 1997, p. 157) En una inversión de los significados arquetípicos, Ganga encarna el principio femenino; pero aunque no es del todo estéril como Osiris (en su papel de fecundador) recupera su virginidad con repetidos infanticidios que comprometen la paciencia de Shámтанu; quien al obligarlo a consumar el acto procreativo se condena así mismo.

Como se puede ver, el erotismo engarza y direcciona las historias del Mahabharata. La tradición que sustenta esta epopeya hindú, obliga a que la atracción embriagante entre un hombre y una mujer; a que el magnetismo sexual en sus polaridades activa-pasiva y pasivo-activo, no se consuma únicamente en el placer (no se puede amar y gozar el sexo sólo por recreación) siempre tiene un trasfondo y consecuencias que trascienden incluso la propia procreación.

El *Eros* gobierna el devenir de los acontecimientos en la fase última y disolutiva del ciclo cósmico; los hilos que marcan la trama de la historia son los mismos que entretejen las sabanas que cubren la consumación de pasiones y deseos transgresores. Este eros asociado a la Afrodita, la diosa de la seducción y el placer, condenado por el Génesis (en su pasaje sobre la creación de Adán y Eva) será sustituido en las civilizaciones occidentales, herederas de la cultura Grecolatina, por el Logos. Este Logos primero será humanizado por la Filosofía occidental al asociarlo con la *nous* o inteligencia humana; paulatinamente ganará autonomía hasta que alcanzó su autonomía y liberación en la idea de progreso. Este Logos desacralizado se convirtió en el dador de orden y



sentido al discurrir histórico de la humanidad. El *Eros* pagano de las viejas culturas politeístas dejaría de ser el causante de las grandes guerras y de las tragedias dinásticas.

Para estas civilizaciones logocéntricas los relatos sagrados que hablan de una jovencita que despierta un seductor olor a almizcle sólo son piezas literarias antiguas de cierto valor estético y semiótico. Los prejuicios de este logocentrismo bloquean un reconocimiento hermenéutico profundo, capaz de superar los revestimientos alegóricos de la narración y remitirse a las significaciones arquetípicas cifradas en personajes y sucesos que recrean principios universales que operan en los distintos niveles de la realidad. La humilde jovencita de seductora fragancia en un “ocasional” encuentro cautiva a Shámтанu, es decir, a un hombre que por su condición debiera estarle prohibido; provocando una unión asimétrica y prohibida (bajo las *Leyes de Manú*) que representará (en el reino de las apariencias o engaño de Maya) el descenso y perversión del principio regio (rector y gobernante) ante el hechizo erótico y gravitante del *eros femenino*.

El olfato del Rey de Hastinapura reconoció la plenitud fenotípica femenina, de aquella muchacha a la que conoció en aquel pueblo de pescadores. Al primer contacto la quiso para él, la deseo intensamente. La ambición del padre de la niña vio en ese deseo una oportunidad. El objeto de su pasión tendría un alto costo. Le exigió que los hijos de Satyavati gobernarán, llegado el momento, el reino. (Valmiki, 2012, p. 15) Bishma, el primogénito de Shámтанu, ya había sido ungido como el sucesor. Desconsolado y cavilante, el *maharajá* regresó a su palacio. Al saber el motivo de la tristeza de su padre, el joven príncipe, hijo de Ganga, encarnación de un *vasu*, tomó la decisión de ir con el padre de Satyavati. El que era rey entre pescadores, le hizo jurar al áureo príncipe que renunciaría a sus derechos al trono, y lo hizo, no conforme; con osado maquiavelismo le externo su temor de que sus descendientes quizás no serían tan desprendidos ni magnánimos como él. Para no dejar ninguna duda de que los hijos Satyavati reinarían, el Príncipe, rescatado del río, y por cuya vida Shámтанu perdió el amor de una diosa, le juro que también se mantendría célibe. Pronunciadas las palabras, Bishma tomó a la mujer y se la llevó a su padre. (Vyasa, 1997, p. 16)

Sentimientos encontrados le produjo a Shámтанu la decisión del hijo: lamentaba que el príncipe renunciara al trono; pero, por otro lado, su corazón festinaba la presencia de aquella mujer



con olor a almizcle. El mundo de los hombres pagó aquellas renunciadas. El príncipe cuyo destino, por *Dharma* y *Karma*, por derecho divino y de sangre, era portar la corona, ante puso sus legítimos derechos a los desvaríos donjuanescos de su padre. Justo y largo hubiera sido su reinado. Pero los juegos de *kama* (el deseo) del *Eros* que enloqueció de ardor a Shámтанu por una pescadora frustraron el ascenso del legítimo *maharajá*. Malditos quedan los pueblos cuyos gobernantes carecen del favor de los dioses. El momento álgido de la historia contada en el *Mahabharata* será la gran guerra que devastó la tierra y acabó con innumerables *kshatriyas* y *brahmanes*; guerra que fue preámbulo de una nueva era.

La unión de una diosa y un hombre facilitó la encarnación de un dios (un *vasu*); el escarceo amoroso entre un *rishi* y una mujer dio nacimiento a un brahman poderoso y sabio. Los nacidos por estas singulares y asimétricas relaciones: Vyasa y Bishma son descritos por el *Mahabharata* como seres extraordinarios y de sobrada dignidad. En la unión de un mortal con un ser divino, no hubo transgresión del *Dharma* (la Ley) de parte de *Eros* (o *Kama*). El que aventajó el caos, la subversión y la guerra por venir fue el amor que concretaron dos mortales de castas o *varnas* aparentemente distintas. Por el bien del mundo, Shámтанu y Satyavati jamás debieron desposarse; no obstante, ningún actuó, en estricto sentido, por cuenta propia; el erotismo (pasivo-activo; activo-pasivo) operó en ellos manejado por fuerzas que desconocían; detrás estaban los dioses y, en último instancia, la Ley que gobierna los ciclos del cosmos; ella inspiró o guió la seducción y el deseo que los unió. 777

Sin embargo, ninguno de los hijos de Satyavati, Chitrangada y Vichitravirya, gozó de una vida larga. Al morir el primero, el segundo lo sucedió en el trono; por la juventud de ambos ninguno gobernó, lo hizo en su nombre, en calidad de regente, su madre y Bishma respectivamente. Vichitravirya dejó dos viudas, princesas que el primogénito de Shámтанu le consiguió: Ambika y Ambalika. La reina viuda le pidió a su hijastro desposarse con sus dos nueras. Como respuesta le recordó su juramento; para la hija de la *apsara* Adrika aquel juramento había perdido toda su validez; más importante que cumplir viejas promesas era salvar el linaje de Shámтанu (Vyasa, 1997, p. 20). En tiempos oscuros y torcidos, la rectitud puede actuar en favor del descenso y la subversión.



El reinado de Bishma hubiera restablecido el orden en el mundo; su autoridad tendría la doble legitimación del cielo y la tierra (como primogénito del maharajá y de la diosa Ganga). Mas no quiso faltar a su juramento. Satyavati acudió entonces a Vyasa, el hijo que tuvo con Parashará. Le pidió que tuviera intimidad con las princesas. Un nuevo desvarió de *Eros* estaba por comenzar. Uno que de nueva cuenta determinaría el destino del mundo.

La fisonomía sombría y vetusta de Vyasa, hacían de él un ser aterrador. Su apariencia produjo dos desafortunadas reacciones en las princesas. Tal repulsión le produjo tenerlo cerca a Ambika que cerró los ojos durante todo el acto. Cuando llegó su turno Ambalika palideció del miedo. Ambas quedaron embarazadas. La forma que se resolvió el encuentro erótico definió la fortuna y naturaleza de sus hijos. (Vyasa, 1997, p. 21) El primero nació ciego, por sentencia de su padre; en consecuencia la abuela no encontró inapto para el trono. El segundo, por la palidez experimentada por su madre, vino al mundo dueño de una piel blanquecina. Los dos medios hermanos eran raros y ninguno merecía ser el *maharajá*. Le pidió Satyavati a Vyasa que nuevamente copulara con Ambika. Aterrada por la obligación de cohabitar de nuevo con ser tan horrible, ideó una manera de evitarse semejante sacrificio. Una de sus sirvientas tomó su lugar. ¿Era la apariencia del amante una figuración de la muerte? No estaba dispuesta inmolarse para bien del reino. Como lo sostiene Georges Bataille, en el acto erótico hay un implícito llamado a la muerte: dos seres discontinuos (o mortales) se unen para dar vida (una vida que no pueden poseer para sí mismos por siempre; pero si la pueden otorgar a otro ser igual de discontinuo). En el sacrificio ritual, en la inmolación, la víctima es desnudada (igual que los amantes) para ser violentada. (Bataille, 2014, p. 16). La belleza y la seducción mitigan el estupor del erótico sacrificio; ninguna de las princesas gozó de tal placebo en Vyasa. Así que experimentaron mayor horror y sacrificio al evidenciar la muerte en el rostro del amante; la muerte que debía traer vida y redención y no sólo la primera.

En la oscuridad, sin advertir con quien pasaba la noche, el rishi, hijo de Parashará, fue plenamente complacido por su ocasional amante (la sirvienta de Ambika) (Vyasa, 1997, p. 21). El hijo del gozo íntimo tuvo mejor fortuna que sus medios hermanos; de grande se convirtió en un



hombre sabio y tributó sus consejos a los *maharajás* de Hastinapura. Pero el heredero de Shantanu aún no era engendrado; así que Satyavati le pidió a su hijo otro encuentro con las princesas; ahora él se negó pretextando que tres encuentros amorosos para un rishi resultan ya demasiados (Vyasa, 1997, p. 21).

El oráculo de los orgasmos; el placer sexual dictando el destino de la humanidad. No está por demás insistir en que así como en culturas necrófilas, por ejemplo la mexicana, en la forma de morir está cifrada la destinación ulterior del alma; en el hinduismo sobran los casos en su literatura de como el erotismo, con toda su carga kármica, escritura el destino y perfila la trama de la gran historia que involucra a dioses, héroes, pueblos y tribus. Los errores o los desvaríos de la pulsión libidinal son las causas aparentes de las desgracias; pero, en realidad sirven a decretos superiores dados por los dioses y en última instancia por el *Dharma*. El rey que peca para des-fortuna de su pueblo está destinado a hacerlo. Al quedar maldecido, como el Rey pescador de la saga arturiana, enferma y su enfermedad detona y refleja la inevitable decadencia del mundo y de la humanidad.

El ingenuo Parsifal desaprovecha la oportunidad de sanar al rey enfermo o tullido; pasan frente a él, cuando residía en el castillo de aquel personaje, la lanza de Longinos y el Grial portado por una hermosa dama (la Iglesia) y otra la seguía portando una plato (la patena); bastaba con preguntar sobre aquél cortejo y la sequía, la hambruna y la enfermedad hubieran cesado. Doble pecado; el del Rey pescador (arquetipo masculino) cuya herida entre los dos mulos lo dejó estéril e incapaz de fecundar la naturaleza (a la Reina, arquetipo femenino); el segundo lo comete el héroe, el caballero del Grial con su mutismo; por eso en una pérdida corte una desaliñada dama le increpa diciéndole:

Gran desgracia fue que te callaras, pues si hubieses preguntado, el rico rey, que ahora languidece, estaría ya completamente curado de su herida y poseería su tierra en paz, lo que ya no conseguirá nunca. ¿Y sabes tú que ocurrirá debido a que el rey no posea la tierra y no sea curado de sus heridas? Las damas perderán a sus maridos, las tierras serán devastadas, las doncellas, desamparadas, quedarán huérfanas y morirán muchos caballeros. Todos estos males vendrán por tu culpa. (Troyes, 2011, p. 48)



Los dos herederos al trono de Hastinapura nacieron enfermos, uno pálido y el otro ciego (el Rey pescador no nace tullido pero igual está enfermo); su condición retrata la realidad de un mundo agazapado, yermo e inmerso en la oscuridad. Buscarles esposa a Pandu y Dhritarashtra no fue fácil. Para ellos no hubo idilios, los poéticos y lúbricos romances que dispensaban felicidad y abundancia como los de Krishna y Radha o el de Rama y Sita; el primero enfatiza el amor, el magnetismo erótico, entre amado y amantes; el segundo exalta los valores conyugales de la fidelidad y la incondicionalidad femenina al marido.

Kunti, la futura esposa de Pandu junto con Madri, no obedece en su conformación fenotípica a ninguno de los arquetipos femeninos encarnados por Radha y Sita; para empezar su doncellez, como la de Satyawati le fue restituida por un poder mágico; es su caso, el rishi Durvasa tras visitar Kuntibhoja y quedar satisfecho por la hospitalidad de la pequeña princesa, la recompensó con un *mantra* que resultó ser una llamada de amor a los dioses, una seductora invocación a los cielos.

El *eros femenino* gana refinamiento o pierde animalidad; el resultado es el mismo, la sublimación o expresión de una sexualidad más humana, dado que el magnetismo erótico de la mujer ya no lo expresa un olor, una embriaguez lasciva de feromonas; son las palabras, secretas y de poder, regaladas por un *rishi*, las que atan al pasivo *eros masculino*; las que obligan al *Logos* (señor de los dioses o arquetipos) a descender y dejarse atrapar por la *psique* (la individualidad y personalidad humana).

La objetividad masculina, celeste y arquetípica, se precipita al mundo, cautivada por la invocación de la subjetividad femenina, telúrica y fenotípica. Kunti, la niña, inocente e ignorante del enorme don que le ha sido otorgado, pronuncia en su cuarto el *mantra* causante del hierogámico estupro del que será víctima por desconocimiento.

En el acto, el dios del sol, Surya apareció ante la curiosa niña; le pidió que se fuera; pero, la invocación de la epifanía solar no la dejaría incólume; no podía despedirse el dios sin antes cohabitar con ella y dejarla en cinta; por una dadiva de su furtivo amante no perdió la doncellez; pero trajo al mundo a un varón de nombre Rhadeya, un elegido (hijo del sol como los faraones o



emperadores japoneses) que se sumó a la lista de fallidos *maharajás* destinados y dignos para gobernar a las naciones. (Valmiki, 2012, p. 23)

Conservar al niño comprometía la reputación de Kunti; así que lo introdujo en una cesta que dejó flotando sobre el río Ganges. De las aguas el áurico niño fue rescatado por el cochero del rey, Dhritarashtra. De nueva cuenta, un error, en este caso involuntario, mueve la brújula del destino. Moisés rescatado de las aguas, Rómulo y Remo alimentados por una Loba, son numerosos los ejemplos de cómo la sangre regia y el derecho legítimo a gobernar se constata por el respeto y protección de *natura*. En los *Reyes Taumatúrgicos*, Marc Bloch refiere cómo a Felipe Valois, aspirante al trono de Francia, le pedían comprobar la legitimidad de sus reclamos exponiéndose a los leones hambrientos: “ya que es sabido que los leones jamás atacan a rey verdadero”. (2004, p. 80)

Sobre el futuro esposo de Kunti, Pandu, un *brahmán*, que disfrutaba del amor carnal con su esposa transformados ambos en ciervos, lanzó una terrible maldición. Estando de cacería el rey creyó que el trance coital de aquellos aparentes astados era una buena oportunidad para darles cacería; lanzó certeras saetas con su arco que hirieron de muerte a los esposos que ante la mirada atónita del rey recuperaron la forma humana. Que tomaran estas zoomórficas apariencias tiene su pertinencia, el ciervo y la cierva, en distintas culturas están asociados, simbólicamente y sagradamente, con las artes mágicas y alquímicas; el perenne brotar de los cuernos de estos astados invitaba a reconocer en ello una suerte de prodigio: “el cuerno que no para de crecer es sacro, porque se halla en la intersección del mundo visible, de las formas formantes inmortales, de las ideas, con el mundo sensible” (Zolla, 2003, p. 52)

Moribundo el ciervo, el *brahmán* condenó al cazador a que él también moriría cuando intentara cupular con alguna mujer. (Vyasa, 1997, p. 24) Para un *kshatriya* la maldición conllevaba no poder realizar una de sus principales funciones: el dejar un heredero. Cuando Pandu supo del don de su mujer, Kunti, el de serle infiel con el dios (*deva*) que ella invocará tras pronunciar el *mantra*, no dudó en pedirle que lo utilizara; y así lo hizo en repetidas ocasiones. En el bosque de *Satasringa*, cuando las alineaciones astrológicas resultaban favorables, la reina pronunció las



mágicas palabras que aprendió de Durvasa e invocó un amante celeste; ella y el rey eligieron previamente a *Dharma*, el *deva* de la Ley, para que engendrara en Kunti a un hombre justo. Y así fue. De aquella *hierogamia* nació Yudishthira, el destinado entre los *pandavas* a ser el *maharajá*. Luego hizo su erótico llamado a Vayu, el deva del viento y fuerte entre los inmortales; así nació Bhima, el más hercúleo de los *pandavas*. Finalmente, invocó a Indra, padre de Aryuna, el más grande de los héroes, quien compartió con Krishna la avatárica distinción de ser ambos la encarnación de cada mitad de Vishnu: Nara y Narayana, respectivamente. (Vyasa, 1997, p. 26)

Aquellas eróticas epifanías no podían prolongarse por siempre; a la insistencia de su esposo de darle más hijos valiéndose de la seductora invocación, Kunti le respondió que sólo estaban permitidos tres eróticos raptos; uno más arruinaría el *Dharma*. Así que le compartió el *mantra* a Madri, la segunda esposa, quien llamó a los Aswini Kumaras, los mellizos; y de aquel trio nacieron dos varones, los más hermosos del mundo, llamados Nakula y Sahadeva.

Los héroes moraban la tierra. La vieja dinastía de reyes resultaba obsoleta. Debían morir. Henchido de deseo, Pandu intentó gozar de los ardores del amor con Madri; arrojados por la selva, desafiando maldiciones, intentó el rey verter el licor viril, fuego de vida, en el cáliz de la segunda esposa; exhalando en el frustrado espasmo de un placer prohibido por una vida obligadamente célibe. Embriago por el deseo, ignoró la maldición; en la pasión, en el arrebató erótico existe, dice Bataille, un deseo de morir pero también de vivir; el amante al filo del precipicio contempla la ambigüedad de esa emoción:

Este deseo de zozobrar, que embarga íntimamente a cualquier ser humano, difiere no obstante del deseo de morir por su ambigüedad: es sin duda deseo de morir, pero, al mismo tiempo, es deseo de vivir, en los límites de lo posible y de lo imposible, con una intensidad cada vez mayor. (Bataille, 2014, p. 177)

El deseo de vivir también escapó del corazón de Madri flagelada por la culpa. A pesar de las disculpas de Kunti, quiso arder en la pira fúnebre de su esposo no sin antes encargarle a la primera esposa, a sus dos hermosos hijos.



Como en todo mito, el hecho heroico requiere del antagonista; de la némesis que azore al elegido, al enviado del Cielo; sin vencido no hay vencedor (sin Goliat no habría admiración y amor para David). En el caso del *Mahabharata*, a los primos de los hijos de Pandu, los kurus, les correspondió encarnar el mal. Si los *pandavas* dieron forma humana a los *devas* (o dioses) los kurus, como agentes del caos y trasgresores del *Dharma*, son, por así decirlo, los *avatar* de los *asuras* (o demonios). Nuevamente, las circunstancias de su concepción y nacimiento explican el papel, el rol a jugar por los hijos del rey ciego, Dhritarashtra.

El tentador *Eros* y no el continente o represor *Logos* le facultaron una lubrica muerte a Pandu que le dio un sorpresivo golpe al timón del destino. Al *maharajá* pálido, lo reemplazó su medio hermano ciego; la oscuridad de los ojos del príncipe ascendido presagiaba la noche por venir sobre el mundo; oscura penumbra iluminada por la llamas de la guerra.

Dhritarashtra tomó por esposa a Gandhari, princesa que cubrió sus ojos con un lienzo para no ofender la discapacidad de su marido. La reina alumbró una pesada y oscura bola de carne; Vyasa, su suegro, le vaticinó que sería madre de cien hijos. La reina reclama al viejo gurú y su reclamo es respondido por el *rishi* con una acción desconcertante: partió el amasijo de carne en cien pedazos y sembró los fragmentos en sendas vasijas colmadas de mantequilla; en estos falsos úteros de barro se gestaron los kurus a lo largo de dos años. En una de estas primitivas incubadoras, el horror de un grito cimbró la paz del palacio. El primer jarrón que eclosionó liberó un mal predestinado; Duryodhana el primogénito de entre los kurus rebuznaba con fuerza y un coro de chacales y animales carroñeros le hacían coro. Los sabios del palacio, Vidura y Bishma, le advirtieron a Dhritarashtra sobre el significado de aquella animal vocinglería; un mal augurio pesaba sobre el recién nacido: traería sobre el mundo la guerra y la destrucción. Le aconsejaron deshacer de él por el bien del reino. El ciego *maharajá* se negó y sus restantes hijos nacieron a los dos meses junto con una hija.

El último hijo Vyasa no acató la recomendación: Duryodhana además de su hijo era su primogénito y anhelaba verlo gobernar Hastinapura. Y así fue. De nueva cuenta por azares o



“bromas” de Eros los menos indicados terminaron ciñéndose la corona para des-fortuna de los pueblos.

La rivalidad entre pandavas y kurus se transformó en odio y en el intento de vejación sobre Draupadi, la poliándrica esposa de los hijos de Kundi acendró aquel odio. Ganada por Aryuna, llevó a la princesa a Hastinapura; anunciando a su madre la felicidad de lo obtenido; ésta desconociendo el motivo de la dicha del guerrero perfecto le ordenó compartir, lo que fuera, con sus hermanos. Tras atestiguar con sus ojos de que se trataba, Kundi no pudo retirar sus palabras; así que la hermosa Draupadi tomó por esposos a todos los pandavas; quienes al instante la amaron intensamente.

La amada por cinco héroes perdió y recuperó la libertad en una partida de dados. Invitado a jugar por Duryodhana, Yudishthira enfrentó en lúdico duelo al tío paterno del primogénito de los kurus, Shakuni, afamado y hábil tahúr. En sucesivas partidas, el hijo de Dharma, ofuscado por el juego, comprometió en las apuestas todas las riquezas del reino pandava; cuando no tuvo más esclavos, animales y tierras que apostar, expuso a la “suerte” la vida de sus hermanos y la suya propia; despojado incluso de su persona; Yudishthira se jugó a la esposa de los cinco y de igual forma la perdió. (Vyasa, 1997, p. 119)

Los ricos atavíos de Draupadi le parecieron inapropiados al hermano de Duryodhana, Dushasana, e intentó despojarla de ellos, en frente de la corte. En un arranque abyecto y libidinoso, el príncipe excavó inútilmente entre las sedas sediento de una desnuda de mujer que Krishna cubrió. Las sáticas manos que arrancaban la ropa de Draupadi toparon con nuevos atavíos dejando intacto el pudor de la princesa. Cuatro esposos contemplaron impávidos aquel frustrado atraco al honor de la mujer; sólo uno alzó la voz, Bhima, quien le juró a Dushasana que llegada la oportunidad vengaría la afrenta bebiendo de su corazón la sangre. Promesa que en la batalla de Kurukshetra cumplió a cabalidad. La danza erótica y cosmológica de los siete velos concluye con el despejo voluntario del eros femenino de los lienzos que cubrían el cautivador misterio. (Evola, 1997, p. 162) En el Hinduismo, el cuerpo desnudo de la mujer representa, simbólica y sacramentalmente, a Prakriti, la naturaleza; su contemplación, bajo cánones rituales y cosmológicos, da orientación a las



energías vitales, sutiles y físicas, permitiendo un esclarecimiento y expansión de la conciencia. El cuerpo femenino tiene escriturado, desde una semiótica arcana, los misterios de la naturaleza; misterios que le están vedados a los profanos, como Dushasana.

De imágenes como éstas, cargadas de una erótica espiritualidad, hay en cantidad a lo largo del *Mahabharata*. Los héroes y villanos de la saga hindú son lo contrario a los célibes caballeros cristianos, teutones y templarios, que murieron intentando recuperar Tierra santa. Pandavas y kurus y con ellos sus antepasados siguieron sus deseos, como Shantanu, o los reprimieron, como Bhima; en sus entregas carnales o abstinencias se marcaba un cósmico compás a tono con el ritmo determinado por el signo de un tiempo mítico y cíclico. Las razones que permiten a Vyasa disfrutar de tres mujeres permanecen ocultas para la gente ordinaria; en cambio, sus kármicas consecuencias afectarán a la humanidad entera. El deseo no es sólo deseo; en tiempos míticos, como los del *Mahabharata*, era el vehículo del *Karma*, siempre obediente a una Ley Universal, dispensadora de todo destino, rueda de los tiempos y los acontecimientos, *Dharma* dado por el Logos, *Axis mundi*, *Buddhi*..

Referencias

- Bataille, G. (2014). *Scan Spartakku*. Recuperado el 19 de junio de 2015, de http://www.olimon.org/uan/bataille-el_erotismo.pdf
- Bloch, M. (2004). *Los reyes taumaturgos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Evola, J. (1997). *La Metafísica del Sexo*. España: Olañeta.
- Graves, R. (1985). *Los Mitos griegos I*. España : Alianza Editorial .
- Lendo, R. (2000). El personaje de Merlín en la Suite du Merlin. *Acta Poética*, 121-152.
- Platón. (1871). *Obras completas, tomo 5*. España: Patricio de Azcárate .
- Troyes, C. d. (2011). *El Cuento del Grial* . Recuperado el 10 de julio de 2015, de http://www.bsolot.info/wp-content/uploads/2011/02/Troyes_Chretien_de-El_cuento_del_Grial.pdf



Valmiki. (2012). *Ramayana*. España: Ediciones Sigueme.

Virgilio. (2000). *Eneida*. España: elaleph .

Vyasa. (1997). *Mahabharata Vol. 1*. España: Edicomunicación .

Zolla, E. (2003). *Una introducción a la Alquimia*. México: Paidós.